



LEYENDAS

URBANAS

ARCO IRIS

(Relato para mayores sin reparos)

Dudó un instante, mientras su mirada permanecía fija en la pantalla del ordenador, pero ya era tarde; el dedo índice de su mano derecha, en un acto de insumisión había pulsado el botón: *Su imagen ha sido enviada.- Ya está, tampoco es tan grave-* se dijo. Un desengaño amoroso le había llevado hasta esa situación. Habían pasado ya cuatro meses desde aquel triste día en que Puri le dejó y ahora intentaba superarlo. Su querida e idolatrada Puri a la que había respetado siempre (¡quizás demasiado!) se había largado sin mayor explicación; de forma que él, un veterano empleado de banca a punto de cumplir los 45 años, se había quedado solo. Ítem más: Su amada se había ido con un Agente de Movilidad aficionado al “facesitting” y eso era difícil de digerir.

A partir de ese momento, los días, las semanas, se habían vuelto interminables. Largas noches en vela hasta que, por fin, en su desesperación había comenzado a navegar por ese mundo incierto y peligroso del *Internet* nocturno. De esta forma llegó hasta una página con el sugestivo nombre de *El miembro alegre* y, tras frecuentarla varios días, descubrió una sección titulada: *Fotos caseras*, a la cual, valiéndose de las facilidades que brinda la cámara fotográfica digital, orgullosos machos enviaban primeros planos de su erecto miembro.

Tuvo que vencer, no sin esfuerzo, el arraigado sentido de culpa: ese remordimiento que la educación ultra católica recibida había instalado en su interior desde su más tierna infancia. Pero estaba decidido, era una forma de exorcizar todo el mal que el abandono de Puri le había causado, era también una forma de demostrarse que estaba superando ciertas represiones, culpables en parte de la fuga de su amada. Lo haría esa misma noche.

Se preparó un “Dry Martini” de calentamiento, mientras escuchaba en su equipo de audio a Frank Sinatra interpretar “My Way”. *Y lo haré a mi manera*, pensó. Terminó de saborear el combinado y se dirigió a la cocina donde escogió cuidadosamente siete pinzas de tender cuyos colores fueran similares a los del Arco Iris.

Acto seguido entró en la habitación donde tenía el ordenador, se despojó de la ropa, agarró la pinza de color rosa, inspiró y, sin pensarlo más, la insertó en la parte derecha de su escroto. ¡Coño! fue lo primero que vino a sus labios, pero inspiró más fuerte aún y consiguió reprimir la instintiva reacción de desprenderse del objeto agresor. Había llegado hasta aquí y no se iba a echar atrás. Continúo la operación siguiendo el orden natural, esto es: naranja, amarillo, verde, azul, añil y (¡Aag!) violeta.

Completada la escala cromática y con una nada desdeñable erección (todo hay que decirlo) pulsó el botón de la cámara que previamente había preparado y tomó la impactante instantánea. Llegados a este punto, ahorraré al lector los dolorosos pormenores de la maniobra que tuvo lugar a continuación, consistente en irse desprendiendo, uno por uno, de los improvisados adornos genitales.

Una vez liberado, desahogado y recuperado, encontramos a nuestro anónimo héroe en la escena con la que comienza el relato: Enviando la trabajada foto a su página digital favorita. Todo este esfuerzo (físico y mental) le produjo tal cansancio que durmió de un tirón hasta que sonó el despertador. Llegó a la oficina, puntual como siempre, para encontrarse con las mismas personas del día anterior. Sin embargo, la mañana se le antojó diferente toda vez que comenzó a elucubrar sobre si alguno de sus compañeros frecuentaría también la página digital a la que había enviado su original instantánea.

Miraba de reojo al compañero situado a su izquierda pensando que tal vez entraría esa misma noche y vería su foto. O que incluso se excitaría ante su contemplación. Y qué decir de la joven compañera del fondo, ¿por qué no?. Tal vez se asomaba de vez en cuando a tales páginas y quedaría impactada cuando viera aquella foto. ¿Qué pensaría de su autor?. Sumido en tales pensamientos notó una incipiente dureza en la entrepierna de tal forma que, en evitación de males mayores, decidió concentrarse en su trabajo de reclamación de cuotas a morosos.

De regreso a su solitario hogar y tras una frugal comida (en su situación debía mantener el tipo, lo que, según él, le ayudaría en la nueva vida que estaba emprendiendo) conectó el ordenador y con impaciencia pulsó el acceso directo de *El miembro alegre*.

Dentro ya de la sección *fotos caseras* encontró publicada la que había enviado el día anterior. Había recibido 8 comentarios, no todos favorables, pues estos oscilaban desde *Eres un depravado o un vicioso casero* hasta los que le jaleaban: ¡Torero!

Le llamó especialmente la atención un mensaje que firmaba *Tigresa Blanca: Hola, Arco Iris. Me gusta tu foto, es diferente a las otras. Demuestra tu búsqueda de nuevas sensaciones. Quisiera concertar una cita, si te atreves envíame un mensaje a Whitetigress@hotmail.com . Te espero.*

Tras la lectura del mensaje se vio poseído por la necesidad de contestar inmediatamente y así lo hizo: *A mi también me gustaría conocerte pero, con los timos que se dan por Internet, espero sepas entender que siento cierta desconfianza. Dime en qué lugar quieres que nos veamos e indícame tu apariencia y como irás vestida, yo no te daré ninguna pista sobre mi persona, de forma que si noto algo sospechoso me largaré rápidamente. Si aún así estás dispuesta a quedar, contesta cuanto antes.*

Apagó el ordenador, necesitaba desconectar: no pensar en nada. Se le ocurrió que la mejor forma era encender el televisor, sentarse cómodamente en el sofá y buscar un programa que le relajase. La búsqueda no fue sencilla. El canal 1 le sorprendió con una interminable "balasea"; cambió al 2, pero la situación no mejoraba. En este canal los contertulios se insultaban mutuamente y nadie escuchaba a nadie. La culpable de tal alboroto era una de las presentes (al parecer: prima segunda de la vecina de la hermana de una tal Calpurnia que a la sazón había estado liada con el hermano de un ex funcionario que ahora se dedicaba, debidamente travestido, a realizar imitaciones nocturnas de Madonna en la etapa en que buscaba a Susan desesperadamente).

En el canal 3 topó con una pitonisa de generoso escote y mirada esquizoide que prometía una feliz e inminente boda a la insensata que acababa de llamar. Cambió con estupor al canal 4 en el que apareció, dentro del programa "Confidencias con Eduarda", una señora entrada en carnes que, sin ningún rubor, relataba ante las cámaras la afición de su marido a lamerle los pies siempre que volvía del pedicuro. Estaba a punto de rendirse cuando encontró un canal temático: Sobre un fondo marino se podía oír la engolada y monótona voz del científico que iba resolviendo uno tras otro los enigmas, que durante siglos habían atormentado a la humanidad, acerca de la vida secreta del cangrejo ermitaño. La hipnótica voz le fue llevando a un estado de semiinconsciencia que derivó en relajante sueño.

Dos horas después fue volviendo paulatinamente a la realidad, ayudado por la melodía que llegaba a sus oídos procedente del canal temático que, en ese momento y dentro de su sección "Melodías de Siempre", emitía una selección de boleros. Fue abriendo los ojos al tiempo que sus labios repetían: *Contigo aprendí que existen nuevas y mejores emociones. ¡Eso es!, se incorporó con rapidez. -Eso es precisamente lo que necesito: nuevas emociones-*. Apagó el televisor, fue al lavabo y tras mojarse la cara con agua fría se preparó un "Dry Martini", pulsó la tecla "play" del reproductor de audio y la voz de Sinatra invadió el salón: *And now, as tears subside, I find it all so amusing... I did it all that, and may I say...I did it my way.* Iba repitiendo las frases de la canción que sabía, aquellas con las que más se identificaba, mientras ponía en funcionamiento el ordenador.- *Sí, se han acabado las lágrimas, es hora de disfrutar, yo también podré decir que lo hice a mi manera-*.

Entró en su página de correo y comprobó con excitación que tenía un mensaje nuevo de Tigresa Blanca. Pulsó en leer mensaje: *Hola de nuevo, temeroso temerario Arco Iris. No temas tanto, yo siempre juego limpio. Duro pero limpio. Además no me gusta perder el tiempo así que te propongo vernos mañana mismo. Te esperaré a las 22 horas (¡No tardes, odio esperar!). ¿El lugar?. Te va a encantar, es céntrico y muy acogedor. Ponen unos combinados afrodisíacos riquísimos, su nombre es: La Zanahoria Juguetona. Al final del mensaje indico la dirección exacta para que "no te pierdas" (¡Ja Ja, es broma!). ¡Ah! para disipar tus temores estaré sentada a la última mesa, de forma que podrás verme desde la entrada y si notas algo sospechoso darte a la fuga antes de que pueda alcanzarte. Mi larga cabellera es del color del Sol, llevaré un ceñido vestido blanco (posiblemente sin ropa interior) y botas a juego. ¡Venga! ¡No me falles! ¡No te arrepentirás! Un cariñoso zarpazo de Tigresa Blanca.*

Contestó de inmediato aunque de forma escueta: *Allí estaré.*

La excitación no le dejaba pensar con claridad y le hubiera resultado difícil la redacción de alguna frase subordinada. En cualquier caso, no había duda sobre su deseo de acudir a la cita.

Sonó el telefonillo. "Ya voy", gritó mientras se acercaba a la puerta de la calle, donde estaba situado tal aparato. ¿Por qué siempre que sonaba el telefonillo contestaba en voz

alta: ¡Ya voy!?. Era absurdo, la persona que llamaba desde el portal no podía oírle. Descolgó: ¿Sí?. "El sexo en casa", espetó una ruda voz desde el otro lado. "Bueno, hombre, sea más discreto que ya le abro", respondió entre sorprendido y ruborizado. Casi había olvidado que en una de sus navegaciones nocturnas por la red acabó en una página que vendía prendas y objetos eróticos. No lo pudo resistir y solicitó una oferta consistente en: Tanga Zodiaco en suave tul negro más el modelo "Brokeback" también en negro pero con mezcla de fibra y elastán que se complementaba con el regalo de un anillo para el pene con excitador de clítoris en forma de tigre. Retiró el pedido ante la mirada socarrona del repartidor. Se aseguró de haber cerrado bien la puerta blindada y aceleró el paso hacia el dormitorio sin soltar su recién recibida oferta.

Se situó frente al espejo, sin ropa, para ajustarse el modelo *Zodiaco*. Caminó de un lado a otro de la habitación. Era la primera vez que usaba tal prenda y la sensación, aunque extraña al principio, le resultó placentera. El roce de la tira entre la comisura de sus glúteos no era tan desagradable como esperaba. Tras probarse el "Brokeback" que le pareció más atrevido, pues dejaba completamente desguarnecida la parte trasera, se inclinó por el *Zodiaco* para la inminente cita. Era "más recatado".

Pasó la mañana del día siguiente decidiendo, entre reclamación y reclamación, lo que se pondría por la noche. ¡Ya lo tenía!, encima de su nuevo "mini slip" llevaría el traje de lino, ése que según Puri le quedaba muy bien y le hacía parecer un actor. ¡Qué cosas!, exclamó en voz alta, sin darse cuenta. Nueve morosos después abandonaba la oficina para emprender el camino de vuelta a casa.

Iba a ser una noche especial, desconocía el desenlace pero barruntaba que inolvidable. Decidió obsequiarse con su plato favorito: Una generosa ración de ventresca de bonito en aceite de oliva virgen (variedad arbequina) acompañada de unos pimientos del piquillo que de haberlos llevado Esaú hubiera obligado a Jacob a devolverle la primogenitura con tal de probarlos. Para regar tan suculento manjar eligió un monovarietal: *Syrah*. Se estaba aficionando a este tipo de uva. Últimamente sus aficiones iban en aumento.

Acabado el banquete preparó un café Arábica que un amigo le había traído de su viaje a Kenia. Lo degustó lentamente, mientras ojeaba las páginas de *¡Gooo!*, periódico deportivo que solía leer en la sobremesa, pues lo consideraba altamente digestivo.

Sin apenas darse cuenta, entre fichaje y traspaso, se le fueron tres horas. ¡Lo que da de sí el balompié!. Dejó la fuente del saber que tenía entre sus manos, de la que ya había bebido bastante y se dirigió hacia el baño. Tras una reconfortante ducha, se ajustó el traje de lino y partió rumbo a la aventura.

Había decidido caminar hasta el local de la cita; calculaba una hora de agradable paseo acompañado de una vivificante brisa. Por el camino tropezó con un subsahariano que portaba un manta repleta de discos en formato DVD. Esto le hizo recordar al compañero de *programación de estadísticas* que se decía gran aficionado al cine cuando, a su parecer, era más bien un adicto al "top manta": Adquiría, sin ningún criterio, todas las novedades que iban apareciendo en este mercado alternativo. No dejaba de ser paradójico el hecho de que se hubiera gastado un pasta en adquirir el último modelo de "Home Cinema" para ver copias defectuosas. Tal vez disfrutaba escuchando toses en sonido envolvente 5.1. Continúo caminando al tiempo que silbaba "My Way" hasta que, al final de la calle del *Buen Amor*, avistó el llamativo luminoso de *La Zanahoria Juguetona*. El escaparate del local contiguo, una tienda de antigüedades, exhibía un *Gran Espejo Alfonsino*. Aprovechó para mirarse de reojo: Aún mantenía el tipo. Sus largas piernas le hacían parecer más alto de lo que en realidad era. Sus largas piernas y el doble tacón que Fermín, el zapatero del barrio, había añadido a sus impolutos mocasines de piel legítima.

Tragó saliva y se situó frente a la puerta del bar de combinados afrodisíacos. El minimalismo de su decoración dejaba ver con nitidez, toda la que alcanzaba su vista, a la persona sentada a la mesa del fondo. Comprobó que se trataba de una mujer de larga cabellera rubia, embutida en un traje blanco, que se diría todo de algodón (bueno, quizás un 10% de lycra). El metacrilato transparente con que había sido diseñada la mesa dejaba ver sus largas piernas cruzadas. Ella se había percatado de su presencia y quiso confirmarlo con una señal inequívoca. Despegó su pierna izquierda y la fue alejando de la derecha, al tiempo que se remangaba el vestido lo suficiente para dejarle constatar que la predicción del último mensaje acerca de su ropa interior era cierta. Mantuvo la posición durante un segundo pero a él le pareció una eternidad. Aturdido por la escena que acababa de contemplar, caminó muy despacio hacia el interior del local, no quería tropezar y presentarse ante la dama de blanco en *decúbito prono*. Llegó, por fin, a su destino. Ella, que le había seguido con la mirada, le invitó a sentarse: *Vamos, valiente, toma asiento junto a mí*. Mientras se acomodaba leyó la portada del libro que había sobre la mesa: *Vida e ideas del Marqués de Sade*.

-No te asustes, hombre, me relaja su lectura, sólo es eso.

-¡Ya!

-¿Te hubiera tranquilizado más un libro de Nietzsche?

-¡Nooo!

-Pues entonces, bobo. Anda, pide algo de beber.

-¿Qué estás tomando tú?

-Un combinado a base de vodka, le llaman "Telón de acero".

-Suena un poco decadente. Yo suelo tomar "Dry Martini"

-En ese caso te recomiendo el "Disciplina Inglesa".

-¡Vaya con los nombrecitos!

Tras pedir el brebaje recomendado, nuestro hombre reparó en la melodía orquestal que llegaba a través del hilo musical y sin darse cuenta comenzó a susurrar: *Mind if I make love to you*.-¡Oye!, exclamó la mujer de rubia melena, ¿No te atreves a decírmelo en castellano?.-¡No, no es eso!, contestó ruborizado.- *Ha sido un reflejo, no lo he podido evitar. Es una canción de Cole Porter que Sinatra cantaba a Grace Kelly...*

-¡Espera!. Ya lo tengo: *Alta Sociedad*.

-¡Muy bien! Ella ha bebido demasiado champán y él tampoco se ha quedado corto. Están junto a la piscina y Frank comienza a cantar, es una escena que me gusta mucho.

-¡Vaya! Un admirador de Sinatra. ¿No serás de los que hacen las cosas a su manera?

-Digamos que estoy aprendiendo.

La llegada del camarero les interrumpió. Él, tras dar un largo trago a su combinado mientras ella apuraba su "Telón de Acero", reanudó la conversación aunque cambiando de tema:

-Bueno, a todo esto, aún no nos hemos presentado.

-Ni lo haremos. Ya que demuestras ser aficionado al cine imagino que recordarás "El último tango en París": Nada de nombres, ni de detalles personales. Sólo pasión.

-Vale ,vale.

-Ya hemos tenido suficiente charla, es momento de pasar a la acción. Sugiero que vayamos a un apartamento que está a cinco minutos de aquí. No es mío pero, previo aviso, puedo disponer de él. Te gustará, tiene algo de mágico que no acierto a definir.

-De acuerdo. Tú mandas.

-Observo que el "Disciplina Inglesa" comienza a hacerte efecto.

Unos minutos después entraban en el apartamento. Lo primero que le llamó la atención fue la ausencia casi total de muebles, tan sólo una barra de bar, en ángulo recto,

tapizada en negro, con estantería y tres banquetas a juego.- *Ya te has dado cuenta de que el propietario necesita pocos muebles. Utiliza este piso para sus fiestas privadas y algún que otro cóctel de presentación, pero no te daré más datos. -No te preocupes, prefiero no saber. -En cualquier caso tenemos lo suficiente. Ven que te voy a preparar un "Dry Martini"-.*

Estaban ya en la barra: Ella, de pie, en la parte interior. Él, frente a ella, sentado en una banqueta, de forma que, cuando la mujer de blanco se inclinó para acercarle su combinado, pudo ver sus turgentes senos a través del escote. Dio un largo trago, dejó la copa un instante y la volvió a coger para acabar con el combinado. -*Vaya si tenías sed. ¿Quieres otro?-*

-*Bueno, pero no tan cargado.-Vale, uno flojito ahora-* le devolvió la copa llena mientras se alejaba diciendo: *"Voy al dormitorio a encender las velas y poner música. Hay que ir creando ambiente, ¿no te parece?."* -*Sí, me parece muy bien-*.

Cuando volvió al salón su única vestimenta era unas botas negras de afilado tacón que le llegaban hasta la rodilla. Al verla dio tal sorbo a su bebida que comenzó a toser.

-*Tranquilo, hombre, soy tan despistada que ya he olvidado el vestido en alguna parte.*

¿*Me ayudas a encontrarlo? -Lo intentaré-*. Cuando él llegó a su altura, ella le tiró del brazo para ponerlo rodeando su desnuda cintura.-*No seas tímido, agárrame, no ves que me puedo caer con estos tacones tan finos"*. De esta forma llegaron hasta el dormitorio. Nada más entrar y antes de que nuestro hombre pudiera reaccionar, la tigresa le había despojado de la ropa y contemplaba su pene en semierección. -*Vaya ,vaya, eso lo vamos a mejorar.*

Los combinados y la exuberante presencia, que tenía ante sí, le habían aturdido, pero comenzó a reaccionar. Tiró de su larga caballera hacia atrás mientras le mordía los labios. Ella correspondió sacando la lengua en busca de la suya. Sus lenguas se batían en feroz lucha al tiempo que él acariciaba las suaves nalgas de la mujer, hasta que ella en un ágil y rápido movimiento le puso bocabajo sobre la cama, se sentó encima y ató sus muñecas a la cabecera.-*¡Eh!*- protestó.-*Tranquilo, te dije que confiaras en mí. No te haré nada malo. Además en cualquier momento puedes decir basta y el juego se acaba. Vamos, relájate-*. Decía esto mientras le masajeaba la espalda con su puntiagudos senos. Tras un minuto de masaje cogió una de las velas que había dejado encendidas en su primera visita al dormitorio y derramó la cera lentamente por su espalda. Él soltó un gemido.

-*Vamos, hombre, no me dirás que un valiente como tú, capaz de sujetar el arco iris en sus pelotas, se va a rendir ante un poco de cera. ¡Cómo se nota que no te depilas!*. Tras el primer acceso de ardor en la piel, se iba acostumbrando y la quemazón comenzaba a resultarle agradable. Su erección iba en aumento y por primera vez fue consciente de la música que sonaba. Jim Morrison repetía: *Vamos, nena, enciende mi fuego*. Y el estaba verdaderamente ardiendo. Había terminado de decorar su espalda cuando comenzó a desatarle.-*Has sido buen chico. Te has portado como un valiente y eso merece un premio-* Una vez desatado le dio la vuelta y exclamó: *¡Ahora sí que tu hermano pequeño se alegra de verme! Veré que puedo hacer por él*. Con la mano derecha agarró la base de su protuberante falo mientras se sentaba a horcajadas sobre él y comenzaba a moverse.

Nuestro hombre notó como se abría paso a través de las cálidas paredes de la vagina y no pudo reprimir un alarido de placer. Estiró los brazos para frotar las hermosas caderas y los firmes glúteos de su diosa del amor, que le cabalgaba con pasión. Cerró los ojos, estaba en pleno éxtasis, sentía que no podría aguantar mucho más tiempo. El dique estaba a punto de ceder y se produciría la gran inundación. Sin embargo, algo extraño comenzó a suceder: No notaba el tacto de la piel de su amazona. Una desagradable e insistente alarma llegaba a sus oídos. Se incorporó bruscamente en la cama al tiempo que abría los ojos: No había nadie.

Su diosa se había desvanecido pero la alarma seguía sonando. Al fin comprendió. Estiró su brazo derecho y soltó un certero golpe sobre el despertador. Le costó volver a la cruda realidad: Todo había sido un sueño. Demasiado bonito para ser cierto. No había ninguna tigresa, ninguna amazona, seguía solo. Comenzó a invadirle una gran desazón. En ese estado se sentía incapaz de acudir a la oficina. Recordó que le debían un día libre de la última guardia que hizo y decidió cogerlo. Fue directo al baño para ahuyentar sus fantasmas con una vigorosa ducha. Tomó un ligero desayuno y llamó a la oficina para informar que no asistiría. No acudiría a su puesto de trabajo pero tampoco pensaba quedarse en casa. Necesitaba aire puro. Aún estaba reciente el abandono de su Puri y no iba a pasar la mañana encerrado con sus recuerdos. Salió con la intención de caminar pero llovía. Cogió el coche y estuvo circulando por la ciudad sin rumbo fijo.

Habrían pasado dos horas cuando se detuvo en un semáforo. Frente a él unos grandes almacenes anunciaban la semana grande de la informática. ¿Por qué no?. ¿Qué perdía con probar?. Aparcó el automóvil muy cerca de la puerta de acceso. Una vez dentro buscó la sección de informática. Utilizó las escaleras automáticas hasta la cuarta planta, lugar donde estaba situada dicha sección. Se dirigió al primer vendedor desocupado: *Buenos días, deseo comprar un ordenador. Le aviso que será el primero que tenga, hasta ahora sólo he utilizado el de la oficina para cuestiones relativas a mi trabajo. Pero me apetece navegar, ¿se dice así, verdad?, por la red. Resumiendo: Lo que necesito es algo sencillo que me permita moverme con soltura en Internet.*

-No se preocupe, señor. Precisamente tenemos en oferta el modelo que está Vd. viendo ahora. Es de fácil manejo y le hará un buen servicio. En un par de días puede tenerlo en su casa. Nosotros le hacemos la instalación sin ningún coste adicional.

-En ese caso ya está decidido. Tenga mi tarjeta.

Finalizada la transacción se dedicó a pulular de planta en planta, en especial por la de música y literatura. Su estómago le recordó que llevaba muchas horas vacío desde el ligero desayuno a primera hora de la mañana. Subió a la sexta planta y entró en la cafetería-restaurante... Tomó el menú de degustación que completó con un café y un whisky de malta. Distrajo la mente (no estaba muy seguro de haber hecho una buena compra) ojeando un catálogo de viajes. Una vez terminado su recorrido por islas paradisíacas, pagó la cuenta y se dirigió a las escaleras de bajada. Algo le hizo detenerse en la planta segunda: Lencería. Quedó inmóvil, como ausente, junto a la barandilla de las escaleras automáticas y sólo volvió en sí, cuando oyó a su espalda el ruido de un paquete que se precipitaba hacia él. Se volvió rápidamente y vio que el contenido se había escapado y rodaba hasta sus pies. Se agachó para cogerlo: era un tigre blanco de peluche. Alzó la vista y la posición en que se encontraba le permitió disfrutar, como en un plano cinematográfico, la esbeltez de la mujer de rubio cabello que cargada de bolsas descendía a su encuentro.

-Muchas gracias. Se me ha escurrido de las manos.-

-No me extraña, vas muy cargada. ¿Quieres que te ayude?.

-Ya me iba, he acabado las compras...y el saldo. Es broma.

-En ese caso puedo acercarte al portal de tu casa, tengo el coche en la puerta.

-Una buena estratagema para saber donde vivo. No te ofendas, sigo de broma.

El caso es que no quisiera...se detuvo un momento, le miró fijamente y continuó hablando: ¡Oye! ¿No nos hemos visto antes?.

-Tal vez en otra vida o en algún sueño.

-Vaya, ahora el que está de broma eres tú. Lo que trataba de decir es que no quiero que retrases tus obligaciones por mi culpa.

-¿Obligaciones? Tengo el día libre, nadie me espera. Insisto en llevarte.

-El caso es que mi coche está en el taller y con la tarde lluviosa debe ser difícil encontrar un taxi.

-No se hable más. Vamos. Apostilló nuestro hombre mientras le cogía algunas bolsas.

Salieron a la calle, había cesado la lluvia. Dejaron las bolsas en el maletero y subieron al coche.

-Bueno, tu dirás donde vamos.

-Me ha entrado sed. Estoy pensando que si no tienes prisa conozco un sitio antes de llegar a casa donde ponen unos combinados muy ricos. Se llama La Zanahoria Juguetona.

¿Lo conoces?

-Por supuesto. ¿No irás a decirme que te apetece un "Telón de Acero"?

-¡Sí! ¿Cómo lo sabes?

-Ya te contaré...

Puso el automóvil en marcha y antes de girar a su izquierda miró por el espejo retrovisor que le devolvió el resplandor de un inmenso Arco Iris que desplegaba en el cielo sus siete colores.

Ayanimof (04/06/07)